

Solemnidad de la Inmaculada Concepción. Ciclo A.

### ***“Purísima había de ser...”***

En los primeros días de diciembre, y como preanuncio de la próxima fiesta de Navidad, celebra la Iglesia la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María. Y la celebra llena de júbilo y solemnidad porque, si la Navidad-Natividad del Señor es sentir y vivir que la salvación de Dios se hace hombre en un Niño, **la fiesta de María Inmaculada es también un acontecimiento salvífico decisivo no sólo para Ella (toda limpia y perfecta, sin pecado alguno, toda llena de gracia –que eso es lo que significa “Inmaculada”-), sino para la humanidad entera.**

Entre los prototipos del Adviento que destellan con especial resplandor y a cuya luz nos es dado captar el sentido de este tiempo, brilla de manera primordial María, la **elegida para ser Madre del Salvador Prometido**. Pongamos la mirada en Ella, para iluminar el misterio de este Adviento y Navidad 2007, no tanto por los caminos de una reflexión intelectual, cuanto fijándonos en la experiencia vivida por la Virgen del Adviento.

En María es de admirar el **inefable amor de madre con que esperó y engendró al Hijo**. Su actitud es un incentivo para revivir su esperanza, *“vigilantes –como Ella- en la oración y jubilosos en la alabanza”*, saliendo así al encuentro del Salvador que viene. El Adviento se nos presenta como un tiempo de preparación y pregustación. Entrar en su dinámica de la mano de María supone palpitar al unísono con Ella y hacer nuestra su inefable experiencia, es decir: sentir en lo profundo del ser la alegría por el Don del Verbo que se encarna y la perplejidad que produce un misterio tan inefable, cuya audacia sobrecoge.

Por eso, hay que decirlo, la **fiesta de María Inmaculada es un regalo en el camino de nuestro Adviento**: alienta de una forma singular, desde el interior de la Iglesia e imagen de ella, la esperanza de los peregrinos de esta hora. ***“Santa María de la esperanza, mantén el ritmo de nuestra espera”***. La Madre nos dispone para acoger a Dios entre nosotros, para darle lugar en nuestra vida, para darle posada en su casa, en esta tierra a la que queremos expropiar de su Señor.

La primera lectura que hoy se proclama es la página del Génesis, la narración del Paraíso, del primer pecado (página que corresponde a la escatología). En el evangelio también proclamamos otra página, llena de belleza y enternecedora (nos sitúa en la intimidad del hogar de Nazareth donde la joven desposada con José recibe la visita sorprendente del ángel). A raíz de estas lecturas podemos decir que **María es la puerta del paraíso pensado por Dios**. El paraíso es Cristo, el Hombre Nuevo, la plena armonía. En Cristo, el proyecto de Dios (la Salvación) sobre el hombre se cumple perfectamente. Pero en María ya se anuncia y anticipa. Cristo es el Paraíso, el verdadero paraíso, donde la paz será un torrente en crecida, la justicia brotará por todas partes, la verdad se reflejará en todos los rostros, el amor será como el aire que se respira y la canción que entusiasma. María es la puerta que da acceso al paraíso. **Para ir a Cristo, necesariamente tenemos que pasar por la Madre, es decir, por María**. Ella es la *nueva Eva* de nuestra historia: la mujer que no duda, la que ha creído, la que se fía siempre. **NO** la mujer orgullosa, que quiere ser como Dios, **SINO** la mujer humilde, que se hace esclava de Dios. **NO** la mujer rebelde y caprichosa, la mujer del “no”, **SINO** la mujer obediente y dócil, la mujer del “Sí”. **NO** la mujer seducida y que seduce, **SINO** la mujer libre que estimula. Es la *“cuidadora del paraíso”*, de Cristo: el Nuevo Adán, el hombre nuevo, el hombre en el que Dios se complace de lleno.

Sin María (“nueva Eva”) y sin Cristo (“nuevo Adán”) en nuestras vidas aún seguiríamos en destierro y valle de lágrimas. Pero ¡demos un paso más!; si decimos de María Inmaculada que es un signo que anuncia la salvación total queremos decir que **Ella es “signo de los que estamos llamados a ser todos”**: ¡signos del amor de Dios que es gratuito, incondicional, definitivo!.

La fiesta de María, Madre Inmaculada, nos invita a despojarnos del pecado y de sus huellas. Nos pide que nuestro amor sea limpio, nuestras obras sin manchas de lodo, nuestras manos elevadas al cielo, nuestro corazón puro y nuestra voluntad se rija siempre por el “sí” permanente al plan de Dios.

*Si María es modelo y ejemplo de santidad para nosotros,  
no dejemos de mirarla en este tiempo de Adviento,  
ya que imitando sus virtudes  
nos prepararemos para acoger en nosotros la presencia de Dios  
y para vivir el misterio del Hijo  
hecho hombre para nuestra salvación.*

*Con alegría y fe digamos hoy, en comunión con toda la Iglesia,  
las palabras que se cantan en el prefacio de la Misa:  
“¡Purísima había de ser, Señor,  
la Virgen que nos diera el Cordero inocente  
que quita el pecado del mundo!.  
¡Purísima la que, entre todos los hombres,  
es abogada de gracia y ejemplo de santidad!”.*

*Avelino José Belenguer Calvé.  
Delegado Episcopal de Liturgia.*